

Putin para rato

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

El 1 de julio es el día elegido por las autoridades rusas para celebrar el referéndum constitucional que habrá de perpetuar a Vladímir Putin en el poder. Las ansias de mantenerse en el puesto hicieron que el pasado 10 de marzo expusiera ante la Duma, el Parlamento, su plan de modificación de la Carta Magna que busca, ante todo, renovar su responsabilidad presidencial. Putin ha completado dos mandatos seguidos de seis años cada uno, con lo que en 2024 se vería forzado a marcharse, porque en Rusia existe la limitación de mandatos. Recordemos que lleva dirigiendo los destinos de su país desde mayo de 2000, cuando accedió por primera vez a la Jefatura del Estado. Se mantuvo durante dos periodos, para convertirse en primer ministro entre 2008 y 2012. Ese año retornó a la presidencia y actualmente se encuentra en su segundo ciclo, es decir, el último. En verdad, la reforma constitucional que se ha de aprobar no elimina los dos mandatos presidenciales. Simplemente, se pone el contador a cero para que Putin pueda volver a presentarse en dos nuevas ocasiones, con lo cual se perpetuaría hasta 2036. Con 67 años que tiene, y de seguir gozando de la buena salud que posee, abandonaría el cargo con 83 años. Podría optar a la figura de jefe de gobierno, como ya hizo en el pasado, alternándose con Dimitri Medvédev, pero es evidente que su ambición es tan desmedida que prefiere seguir donde está.

La razón esgrimida en la Duma fue la necesidad de una presidencia fuerte. La situación económica y de seguridad lo recomendaban, según el mandatario. Y eso que todavía estaba por venir la pandemia del coronavirus. Lo cierto es que la mayoría de los diputados compraron su discurso y su proyecto salió adelante por una abrumadora mayoría: 380 diputados a favor y 44 en contra. Con el visto bueno del Tribunal Constitucional, la votación popular se tenía que haber celebrado el 22 de abril, aunque se tuvo que posponer al 1 de julio a causa del Covid-19. Por la misma razón hubo que suspender el desfile del 75 aniversario de la victoria sobre los nazis programado para el 9 de mayo. Esta vez iba a ser especial, pues estaba previsto que acudiesen a Moscú varios líderes mundiales (Macron, por ejemplo). De esta guisa, la parada militar no sólo iba a conmemorar el triunfo soviético en la Segunda Guerra Mundial, sino también su victoria constitucional.

Pese a cierto retraso, no hay dudas de que su plan saldrá adelante y de que tenemos Putin para rato. Hace unos años el propio dirigente ruso llegó a afirmar que la democracia tal como la entendemos en Occidente no puede ser aplicada en Rusia. Y quizás tenga razón, ya que es un país que apenas tiene tradición democrática. Hizo la revolución liberal muy tardíamente y sólo durante unos meses en 1917 disfrutó de un régimen parlamentario homologable al resto de estados europeos. Tras la caída del comunismo no se implantó una democracia bastante sui generis. De hecho, los politólogos incluyen a Rusia dentro de los regímenes híbridos, definidos como aquellos regímenes civiles con instituciones formalmente democráticas, pero que no son democracias. Suelen contar con elecciones regulares, partidos legales y suficientes libertades civiles, si bien el juego político entre oposición y gobierno en ejercicio no es limpio. En ellos se utilizan las instituciones, las leyes y los recursos del Estado para debilitar la capacidad de la oposición de competir con el abuso de los medios de comunicación estatales o las empresas públicas o próximas al ejecutivo. Fue el modelo impuesto en tiempos de Boris Yeltsin y se ha acentuado con Putin. Por eso su triunfo está asegurado. A diferencia de lo que sucedió en Bolivia, donde Evo Morales trató de

hacer algo parecido (aumentar su número de mandatos) y terminó por exiliarse ante el fracaso de su operación. El contraste es claro: en el país latinoamericano existe una mayor práctica liberal y democrática, que hunde sus raíces en el proceso independentista del siglo XIX.

En Rusia se ha optado por la vía del caudillaje y Putin lo encarna a la perfección. Después del marasmo vivido tras la implosión de la Unión Soviética, él encarna una vez más el poderío ruso. Ha devuelto a Rusia la condición que perdió en los años noventa y se ha convertido nuevamente en un actor de relevancia mundial. Ahí se equivocó Obama al considerarla como mera potencia regional. Su dimensión geográfica y cultural y su fuerza militar hacen de ella uno de los grandes jugadores del tablero internacional. Y los rusos han percibido en Putin el hombre capaz de asumir ese encargo sin complejos. Se ha visto claramente en la crisis de Ucrania, en la guerra de Siria y en la capacidad de interlocución que tiene con potencias como China, Irán o Turquía. La victoria de Vladímir Putin radica en la seguridad que inspira a un gran número de sus conciudadanos, así como en el orgullo de ser rusos. Mientras, la democracia puede esperar.

21 de junio de 2020

Publicado en *El Diario Vasco*, 27 de junio de 2020, p. 28